

# Lecciones jamás aprendidas

*Entonces todos los [hombres con] sus mujeres [...] que estaban presentes, una gran concurrencia [...] respondieron a Jeremías, diciendo: La palabra que nos has hablado en nombre de Jehová, no la oiremos de ti (Jeremías 44.15-16).*

En Judá solo quedó un remanente del pueblo, después que las masas fueron llevadas cautivas a Babilonia. Jeremías les había advertido por años que ciertamente llegaría el día cuando Dios no toleraría más la rebeldía de los que afirmaban ser Su pueblo. Habían ido demasiado lejos en pos de los ídolos. Se habían comportado como ramerías, que dejaban a sus maridos y a sus hijos y vendían sus cuerpos por baratijas. Adoraban a falsos dioses hechos con su propia mano. No hay duda de que no ha habido costumbre más ridícula en la historia del hombre que la de inclinarse para adorar ídolos hechos por las mismas manos de los adoradores.

Al final, el día de espantos vino. Los israelitas fueron llevados al cautiverio. Jerusalén quedó destruida. Un pequeño remanente de gente muy pobre quedó para cuidar de los restos de la región. Se les dio la libertad de comer y de participar de todo lo que quedó. En lugar de volverse a Dios en acción de gracias por su liberación, le desobedecieron huyendo a Egipto. Estando en Egipto, Jeremías les habló una vez más el mensaje de advertencia del Señor.

Vosotros habéis visto todo el mal que traje sobre Jerusalén y sobre todas las ciudades de Judá; y he aquí que ellas están el día de hoy assoladas; no hay quien more en ellas, a causa de la maldad que ellos cometieron para enojarme, yendo a ofrecer incienso, honrando a dioses ajenos que ellos no habían conocido, ni vosotros ni vuestros padres. Y envié a vosotros todos mis siervos los profetas, desde temprano y sin cesar, para deciros: No hagáis esta cosa abominable que yo aborrezco. Pero no oyeron ni inclinaron su oído para convertirse de su maldad, para dejar de ofrecer incienso a dioses

ajenos. Se derramó, por tanto, mi ira y mi furor, y se encendió en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, y fueron puestas en soledad y en destrucción, como están hoy (Jeremías 44.2-6).

Si alguna capacidad para razonar tenían, debían haber podido remontarse unas semanas o meses atrás, para recordar lo sucedido en los hogares que dejaron atrás. Había sido una horrible confusión; habían huido de la tierra. En realidad habían huido de la tierra natal en contra de la voluntad de Dios. Aunque habían visto con sus propios ojos lo que la desobediencia a Dios le puede hacer a la vida de uno, ellos no postraban su corazón a Dios ni se sometían a la voluntad de Este. Mientras Dios les estaba diciendo por medio Jeremías que se quedaran en Judea, huyeron de todos modos a Egipto. El Señor todavía estuvo rogándoles por medio de Jeremías que no aumentaran sus pecados volviendo a la idolatría, sino que le sirvieran fielmente mientras estuvieran en Egipto.

### SOBRE HACER CASO A LAS ADVERTENCIAS DE DIOS

La advertencia que hizo Dios por medio de Jeremías no podía haber sido más clara. Les dijo que no fueran en pos de los ídolos otra vez, porque se acabarían, y llegarían a ser por maldición y por oprobio a todas las naciones de la tierra (44.7-9). Les dijo que no sobreviviría ni escaparía ninguno del remanente en Egipto para volver a la tierra de Judá. En Jeremías 44.14, se lee: «No habrá quien escape, ni quien quede vivo para volver a la tierra de Judá, por volver a la cual suspiran ellos para habitar allí; porque no volverán sino algunos fugitivos».

¿Se arrepintieron e hicieron un cambio en su vida? ¿Qué cree usted? ¿Qué hubiera hecho usted? Considere la respuesta que dieron:

La palabra que nos has hablado en nombre de Jehová, no la oiremos de ti; sino que ciertamente pondremos por obra toda palabra que ha salido de nuestra boca, para ofrecer incienso a la reina del cielo, derramándole libaciones, como hemos hecho nosotros y nuestros padres, nuestros reyes y nuestros príncipes, en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalén, y tuvimos abundancia de pan, y estuvimos alegres, y no vimos mal alguno. Mas desde que dejamos de ofrecer incienso a la reina del cielo y de derramarle libaciones, nos falta todo, y a espada y de hambre somos consumidos (Jeremías 44.16–18).

¡Ni siquiera contemplaron la posibilidad de arrepentirse! ¡Echaron la culpa de la mala situación que estaban pasando al hecho de haber dejado de hacer sacrificios a sus ídolos! Les pareció que los buenos tiempos eran aquellos cuando vivían en la idolatría. Es increíble cómo Satanás puede cegar el entendimiento de las personas, de modo que no vean la realidad. Había sido el pecado lo que les había llevado a perderlo todo; sin embargo, todavía se aferraban a un estilo de vida que los había desterrado de la Tierra de Promisión que Dios les había dado.

### **SOBRE BUSCAR LA VERDAD DE DIOS**

Es muy posible que después de examinar al pueblo de Judá nos digamos: «Jamás hubiéramos sido como ellos». Sin embargo, me pregunto si nosotros no habremos dejado también que el diablo se deslice en nuestras vidas y nos ciegue el entendimiento para no ver la realidad de la voluntad de Dios. Satanás puede engañarnos tan fácilmente como lo hizo con aquellas personas.

En 2ª Corintios 4.3–4, Pablo dijo que «el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios». El dios de este siglo es Satanás, el diablo, el mismo que estuvo activo en Judá en los tiempos de Jeremías. Él convenció al pueblo a ir en pos de los ídolos de esa época, hasta que al tiempo los destruyó Dios. Él ciega el entendimiento de muchos hoy día en nuestro mundo de modo que les impide ver la luz del glorioso evangelio de Cristo. El lamentable resultado es que ellos jamás llegan a creer en las buenas nuevas de que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Aun muchos que creen en Cristo, jamás llegan al punto de apartarse de sus pecados arrepintiéndose y de ser bautizados para que sean lavados sus pecados. Esto fue lo que Jesús les dijo a Sus discípulos: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será

condenado» (Marcos 16.15–16). El diablo está activo para impedir el cumplimiento de la Gran Comisión. A Satanás no le importa cuántas verdades crea la gente, siempre y cuando no crean las buenas nuevas, o el evangelio que «es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree» (Romanos 1.16). Debido al trabajo del diablo, aun la iglesia del Señor a menudo se distrae de la misión primordial a la cual Dios la ha llamado. La predicación y la enseñanza de la verdad puede llegar a ocupar un segundo lugar después de toda clase de buenas causas. Cada vez que ocurra tal cambio de prioridades, los demonios deben de reírse a carcajadas en el infierno. Cuando Satanás ciega nuestros ojos, puede que aún veamos muchas cosas, pero perdemos de vista lo que más necesitamos ver.

¿Se ha preguntado usted cómo puede vivir la gente en la inmoralidad día tras día hasta que ya no les molesta? Satanás tiene un increíble poder para cegar nuestros ojos a lo que él no desea que veamos. Puede que veamos los pecados de los demás y nos enojemos de que sean tan grandes hipócritas, y que, sin embargo, nuestros propios pecados nos parezcan insignificantes. Puede que un comerciante defraude a otros —aun a sus propios trabajadores— y que sin embargo jamás vea nada malo en sus acciones. Satanás puede cegar de tal manera nuestro entendimiento, para que no veamos los pecados personales, que cuando alguien nos llama la atención a ellos, de inmediato pensamos: «En realidad no hay nada malo en ello», o tratamos de justificar nuestras acciones.

Cuando Jesús contó la parábola del sembrador, que se recoge en Mateo 13.3–9, Él describió cuatro clases de tierra que representan cuatro clases de corazón. La clase de corazón que tienen las personas es lo que determina cómo reaccionan a la Palabra de Dios. Después que Jesús relató la parábola, Sus apóstoles le preguntaron por qué hablaba en parábolas. Él les dijo:

... viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; y para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane (Mateo 13.13–15).

Jesús dijo que no entendían porque habían cerrado sus ojos. Habían cerrado sus oídos. Sus corazones se habían engrosado.

Muchas veces, cuando tenemos dificultad para que las personas entiendan el mensaje del Señor, no es porque la Palabra sea difícil de entender. Más bien es porque la gente no oye, o porque tienen su entendimiento o su corazón tan lleno de los pecados y los afanes de este mundo, que el mensaje de Dios no les llega.

### **SOBRE PERSONALIZAR LA REPRENSIÓN DE DIOS**

Cuando un esposo o esposa ha sido infiel, el otro cónyuge podría decir: «No tenía indicio alguno». Por supuesto que había indicios; el problema era que el cónyuge ofendido no los quería ver. Cuando un adolescente se droga, puede que los padres digan: «No teníamos idea. ¿Cómo pudo haber estado bebiendo o drogándose este muchacho sin que nos diéramos cuenta?». Puede ser que no deseaban darse cuenta. Cuando no estamos dispuestos a ver, podemos rehusar ver los indicios de los problemas que están delante de nuestros ojos.

En Jeremías 44.19, las mujeres de Judá decían: «Y cuando ofrecimos incienso a la reina del cielo, y le derramamos libaciones, ¿acaso le hicimos nosotras tortas para tributarle culto, y le derramamos libaciones, sin consentimiento de nuestros maridos?». No sé qué creyó Jeremías anteriormente, pero los indicios estaban allí: Las mujeres estaban pecando, y los maridos estaban conscientes del pecado de ellas. Los indicios siempre están allí,

basta con abrir los ojos para verlos. A menudo, en lugar de reconocer un problema, los demás participan también en el pecado.

La reina del cielo era simplemente otro ídolo. Dios no fue hecho. O Dios es real —y es este Dios el que nos hizo a Su imagen y semejanza, y que además nos hizo varón y hembra (Génesis 1.26–27)— o del todo no hay dios.

Además de los falsos dioses, Judá confiaba en el hombre. El pueblo creía haber hallado fortaleza en Egipto; a este lugar habían huido, y Babilonia había dejado de acosar durante un tiempo al ejército egipcio. Sin embargo, esta era una seguridad de carácter temporal. Babilonia había de retornar. Egipto caería. El fin de Faraón no iba a ser mejor que el de los reyes de Judá. ¡Cuán completamente insensato es depositar la confianza de uno en un ídolo o en otro ser humano! El único digno de nuestra confianza es Dios (vea 2ª Corintios 1.9).

### **CONCLUSIÓN**

Dios todavía nos habla hoy. La pregunta que debe hacerse cada uno de nosotros es esta: «¿Estoy yo escuchándole?». ¿Cuántas veces hemos cerrado nosotros nuestros oídos a Su verdad, y hemos buscado otras maneras de resolver nuestros problemas? Si deseamos seguir a Dios, debemos estar dispuestos a seguirlo hasta el final. Su camino es eternamente recto.

Leon Barnes